

¡Viva la amistad!

Soy pensionista de 64 años, por tanto, por enfermedad, y mi gran afición es leer y escribir, y si es leer, mejor y sobre todo su estupenda revista, les diré que ustedes me la envían, yo se lo agradezco infinito, y una vez leída, voy al Casal de Coleblanco, en la Plaza Guernica de Hospitalet y la dejo allí, para que todos la puedan leer, los mayores y no tanto.

Tengo una historia muy bonita que contar: En el trabajo conocí a un señor que estaba a punto de jubilarse. A mí aún me faltaban unos años. Entablamos una entrañable amistad, una confianza mutua, con respeto y comprensión, aceptándonos tal cual éramos cada uno. La confianza y el aprecio fue creciendo hasta crear unos vínculos, que hoy, por desgracia se están perdiendo, el valor de la real amistad, el respeto y el aprecio.

Tanto es así, que al estar los dos solos, y con problemas de todo tipo, hemos decidido vivir juntos, sin más bandera que la lealtad y la amistad, que no es poco hoy en día. Toda nuestra familia lo ha visto estupendamente. A cierta edad y cuando no ves claro lo de ir a una residencia que además nadie, con una paga normal, puede pagar, creo que es una buena alternativa.

Hemos tenido dos años para pensar los pros y los contras, y al final ha ganado la amistad con mayúsculas, pues la soledad no es buena.

Este amigo es todo un caballero, con unos ideales parecidos

a los míos, y a nuestras edades, quedaron atrás otras inquietudes y tonterías de la juventud, por lo que grito muy alto ¡VIVA LA AMISTAD!

Francisco Pulido
Hospitalet (Barcelona)

El médico rural

Hoy se hecha mucho de menos al médico rural o médico de cabecera en el que toda la familia se ponía enteramente bajo su confianza.

No importaba a la hora en la que se le buscara, siempre estaba dispuesto a escuchar nuestras inquietudes.

Conocía tanto a la familia, que solamente con visitarla sabía la receta o el consejo que tenía que administrar.

También en medicina era casi completo, puesto que no podía permitirse el lujo de ser especialista, atendía a todo cuanto se le pedía, lo mismo si el niño tenía sarampión o si una mujer daba a luz, o incluso cuando se presentaba una epidemia entonces tenía que multiplicarse, era incansable.

Muchas veces las distancias eran largas y hacía la visita montado en un carro con el que el paciente venía a recogerle.

No importaba para este médico que lloviese o hiciese calor, para él lo importante era que había alguien que le necesitaba. Hoy ese médico ha pasado al olvido y no se dispone de cinco minutos para conversar con el enfermo.

Creo que con la desaparición del médico rural o médico de cabecera, el enfermo ha perdido mucho ya que no se puede exponerle sus dolencias y problemas.

Lola Gómez
Elda (Alicante)